

EL SILENCIO DE DIOS EN EL JUDAISMO, EN EL CRISTIANISMO Y EN EL ISLAM

POR JESÚS RIOSALIDO
Real Academia de la Historia. Madrid

BIBLID: [0571-3692 (2003) 185-192]

RESUMEN: Las teologías de las tres religiones semíticas se desarrollan confortablemente cuando no tienen que enfrentarse con la realidad cotidiana de los seres humanos y su necesidad de ayuda divina. En cambio, en el momento en que dicha ayuda se solicita, suele enfrentarse con el silencio de Dios, la no respuesta a la oración. Entonces, la diversas teologías tienen que buscar explicaciones a dicho silencio, explicaciones que no consiguen, la mayor parte de las veces, convencer al creyente.

PALABRAS CLAVE: Judaísmo, Libro de Job, Maimónides, Rambam, Elifaz, Bildad, Zofar, Eliú, Guía de Perplejos, Evangelio, Cristo, expiación, alma, pecado, castigo, D.M.Baillie, Corán, Abul Hassan As-Sadili, Ibn Atá Allah de Alejandría, sufismo, voluntad divina, perfección, conocimiento.

ABSTRACT: The theologians of the three Semitic religions move comfortably when they have not to face the day to day reality of the human beings, and their need for divine help. However, as soon as that help is requested, it is often only met by the silence of God. Then, the different theologies are bound to look for explanations to that silence, which generally speaking do not convince the believer.

KEY WORDS: Judaism, Book of Job, Maimonides, Rambam, Elifaz, Bildad, Zofar, Eliu, Guide for the Bewildered, Gospel, Christ, atonement, soul, sin, punishment, D.M. Baillie, Coran, Abul Hassan As-Sadili, Ibn Atá Allah from Alexandria, Sufism, divine will, perfection, knowledge.

Los teólogos de las tres religiones semíticas, el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam desarrollan su labor cómodamente por cuanto el propio objeto de su ciencia, que es el mismo Dios, permanece desconocido y lejano de los hombres. Sobre esta base montan sus teorías, que difícilmente pueden ser impugnadas, salvo por la liviandad de sus demostraciones, ya que, en definitiva, no pueden comprobarse. Así el Judaísmo ha conocido tendencias ortodoxas y heterodoxas, y movimientos místicos como la cábala y el hasidismo, que a veces se contradicen los unos con los otros, y lo mismo ocurre en el cristianismo, donde las teologías ortodoxa, católica

y protestante vienen dialogando sin ponerse de acuerdo desde hace siglos. No les queda a la zaga el Islam, con sus cuatro escuelas ortodoxas, mālikī, ḥanafī, šāfe'ī y ḥanbalī, el chiísmo y las doctrinas místicas de los sufíes, sin contar con el moderno integrismo o fundamentalismo.

Pero, en conjunto, la teología permanece como una materia cómoda, escolástica, en la que los clérigos de las tres religiones, y digo de las tres porque aunque no haya orden sacerdotal ni en el Judaísmo ni en el Islam, estas creencias cuentan de facto con auténticos clérigos, pueden despacharse a gusto y mantener sus disputas en un ambiente totalmente alejado de la realidad.

El problema comienza cuando Dios tiene que manifestarse, y no lo hace ni para bien ni para mal, es decir, cuando Dios, que se supone debe hablar, permanece en silencio. Millones de seres humanos han orado desde que el mundo es mundo a las diversas versiones de Dios que han conocido, y nadie les ha escuchado. Lo han hecho con todos los pronunciamientos favorables, es decir, como diría un eclesiástico, concitando en su oración todos los requisitos pensables y exigibles, por ejemplo:

- a) Fe, sin temor ni duda de ninguna clase.
- b) Perseverancia.
- c) Agradecimiento previo y permanente hacia Dios.

Yo añadiría:

- a') Razonabilidad de la demanda, o sea, no pedir milagros ni maravillas.
- b') Marginalidad de la demanda, es decir, no torcer el plan general del Creador.

Pues bien, es un hecho que la oración descrita de la forma anterior no suele escucharse por la divinidad en ninguna de las religiones referidas.

Entonces, la teología debe abandonar su cómoda existencia académica e intervenir, porque su propio público se lo exige, para explicar por qué, en esos casos concretos, Dios ha permanecido ciego y sordo, y es el objetivo de este estudio explicar las razones que las tres religiones han dado para aclarar tan en principio incomprensible actitud divina.

En el Judaísmo, es sobre todo el Libro de Job, largo y ampuloso, con cuarenta y dos capítulos, el que se ocupa de este tema, habiéndolo hecho también Moshé Ibn Maymún, Maimónides o Rambam en su "Guía de Perplejos", "Mōrēh Nebūkīm" en hebreo, o "Minhāy Al-Hā'irīn" en árabe, y multitud de otros autores en Oriente y Occidente.

A Job se le describe como "perfecto y recto, temeroso de Dios, y apartado del mal", (Job, 1.1.), y sin embargo, este hombre va a sufrir un especie de tremenda persecución divina, en el curso de la cual, va a perder sus bienes, su familia y su salud. Dicha prueba le es enviada por el Creador a

sugerencia del demonio, que está seguro de que Job acabará perdiendo la paciencia y pecando contra Dios. Las imprecaciones de Job a Dios no sólo no son atendidas, sino que se contestan con mayores sufrimientos, y para explicar éstos, aparecen cuatro personajes en el libro, que tratan de aclarar la confusión de Job con diferentes razones, y que son Elifdaz, Bildad Zofar y Eliú.

Maimónides Rambam empieza hablando de simple desobediencia del género humano. Nuestros males se deben a la primitiva desobediencia de Adán y de Eva en el Paraíso. Esa desobediencia ya justificaría el silencio, tanto más cuanto que nuestros primeros padres prevaricaron, o sea, usaron mal de sus facultades, y perdieron su inteligencia, perfecta e inocente, para caer en una forma de inteligencia inferior, es decir aquella que distingue y puede elegir entre el bien y el mal. Y es que Satán cumplió su palabra y, en efecto, les dio la capacidad de elegir entre ambas cosas. Adán, en suma, habría cambiado de dirección y olvidado a Dios. En Job, 14.20., se dice “cambia su rostro y lo despachas”, indicando que desde entonces la humanidad tiene objetivos diversos de los de Dios. Esto se lee en el “Moreh Nebūkīm”, capítulo 2, de la primera parte.

El hombre no entiende las verdades metafísicas, según Rambam en el “Mōreh”, capítulo 34, de la primera parte. Nace ignorante, o bien “como pollino de onagro nace el hombre”, que se dice en el Libro de Job, 11.12. Tiene la capacidad de aprender, pero no suele desarrollarla debidamente. Por eso cree que basta con decir “šema, Elohim”, escucha., Dios mío, para que éste le oiga, (“Moreh”, capítulo 45, de la primera parte), pero ello no es cierto, porque es decisión de Dios escuchar o no escuchar. Con otras palabras, ya no tiene que atender siempre a las súplicas de los hombres, porque estos han prevaricado, y siguen prevaricando, incluso en el seno del pueblo de Israel.

El Judaísmo reconoce un cierto número de nombres de Dios, aunque menos que el Islam, entre ellos, Adōnāy, (Señor) Dayyān, (Juez), Šaddīq, Ḥannūn (Clemente), Raḥūm (Misericordioso), Elōhīm (Dios), y sobre todo, el tetrágrama YHVH, que no se puede leer ni pronunciar, pero que en el Occidente se lee y se pronuncia como Jehová o bien Yahveh. Pues bien, en ninguno de estos nombres está el de Samad, que existe en el Islam, o sea, el que satisface el hambre y la sed, lo que parecería indicar que, en el Judaísmo no está contemplada de manera irrefragable la atención de Dios al hombre.

El Libro de Job, 22.12., describe la excelsitud de Dios y la pequeñez de la Tierra y del hombre, (“Mōreh”, capítulo 14 de la tercera parte) que no es sino un simple instrumento divino. Algo de ecológica y de admiratoria hacia la naturaleza tiene esta expresión, pero lo importante es que, en un capítulo posterior de esta misma tercera parte del “Mōreh”, el 22 Rambam retoma el argumento del Libro de Job y explica la existencia del

mal físico y moral del mundo procede de Satán, el diablo, significando la palabra Satán en hebreo, sata, es decir, se apartó del camino, se desvió. Es el mal del mundo incorporado en Satán el que provoca las calamidades del hombre Job, y las provoca porque el mal y la desviación del camino recto existen en el mundo, aunque Job sea inocente. Es por ello que Dios no tiene responsabilidad en los males del justo.

Es muy interesante el estudio de la concordancia y discrepancia entre Job y los otros cuatro personajes, Elifaz, Bildad, Zofar y Eliú, en lo que se refiere al silencio de Dios ante los males del hombre. Maimónides Rambam, en el capítulo 23 de esta tercera parte del “Moreh” comienza recomendando al ser humano resignación ante los juicios de Dios, y critica el reproche de Job al Creador, cuando le dice “¿no me exprimiste como leche, no me coagulaste como queso?”, (Job, 10.10). Seguidamente alaba la conversión de Job a Dios, al final del libro, y su arrepentimiento por haber dudado de El.

La opinión de Elifaz se resume diciendo que los males le han sobrevenido a Job porque posiblemente haya pecado, aun sin saberlo Job, 22.5. La de Bildad es que, si Job es inocente, y no ha delinquido, la prueba tiene por objeto darle en el futuro una recompensa mayor (Job, 8. 6-7). La de Zofar es que todo depende de la voluntad de Dios, y que no hay que buscar en el castigo causalidad alguna (Job 11.5-7). De los cuatro comentaristas, Eliú es sin duda el más curioso, porque después de afirmar que Dios puede ayudar al hombre algunas veces, si hay un ángel que interceda por él (Job, 33. 23-29), añade que tras dicha ayuda volverá a retomar sus designios, que son completamente diferentes de los del hombre y de la intencionalidad de éste. Rambam concluye diciendo que la ley natural se ha hecho para proveer al bien común y no a los casos particulares, ni a las peticiones concretas (“Mōreh”, capítulo 34 de la tercera parte).

Al cabo, Job se arrepiente, y se somete a la divina decisión y omnipotencia, y Jehová apoya la postura final de Eliú y del propio Job, criticando las de Elifaz, Bildad y Zofar, a los que impone un sacrificio de expiación.

En resumen, para el Judaísmo, después de muchas dudas y consideraciones, que van desde la comisión de pecados, aunque sean desconocidos para el que los ha cometido, pasando por la alternativa de la prueba, que luego estudiaremos en el Cristianismo, y por la voluntad sin causa necesaria, a la omnipotencia de Dios, establece, al menos según Maimónides, la Providencia Divina, como causa del silencio de Dios ante la plegaria humana. Bien entendido que la negativa de Dios a escuchar al hombre no es arbitraria, sino que no lo escucha porque su oración se aparta de los insondables designios de su Providencia.

El Cristianismo, como heredero que se considera de las teorías teológicas del Judaísmo, y para el que el libro de Job, por ejemplo, también forma parte de la Revelación, puede asumir, y de hecho lo hace, en principio, las

ideas arriba señaladas sobre la Providencia de Dios como motivo para ignorar la oración del hombre, pero lo tiene mucho más difícil, porque al Antiguo testamento debe añadir una Nueva Revelación, y una Revelación que, en lo que se refiere al silencio divino, es claramente peligrosa.

Este peligro se revela, sobre todo, en los Evangelios y, concretamente, en San Mateo, 7.7-12, donde Cristo dice: “Pedid, y se os dará. Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le pidan? Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas”.

Y San Lucas remacha en esta idea en 6.31, añadiendo, en 11.9-13, otras frases casi calcadas de las de San Mateo, que acabamos de reproducir. Sin embargo, la frase definitiva es de San Juan, que dice, en 14.13, por boca de Cristo: “Y todo lo que pidieris al padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”.

En otro orden de cosas, pero tan ecológico como dijimos que era el Libro de Job, Jesús añade (Mateo 6, 26, Lucas 12, 24): “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?”.

Es difícil concebir una promesa más atrevida y más fácil de desmontar, porque es evidente que no se cumple en el día a día de los hombres. Pensemos en Palestina y en Israel, por ejemplo, en Cachemira, en los numerosos desastres naturales y políticos que sin cesar azotan a una población inocente con crueldad inexplicable, y comprenderemos hasta qué punto es verdad lo que aquí se afirma.

Por lo tanto, las diferentes iglesias cristianas han tenido que aplicarse para justificar este silencio de Dios, aun más, incluso, de lo que tiene que hacer el Judaísmo.

Sin entrar en las diferencias dogmáticas entre una iglesia y otra, diremos, en general, que el Cristianismo, a pesar del sacrificio de salvación realizado por Cristo, exige una expiación individual complementaria. ¿Para qué esta expiación? Pues, en primer término, para reparar el mal realizado frente a otros hombres. Si queda algún mal pendiente, sin reparar o sin perdonar, no podemos exigir que nuestra oración sea escuchada.

Ahora bien, Melancton dijo que conocer a Cristo es conocer sus beneficios, y sus beneficios no son otra cosa que la salvación. Si pues, Jesús nos ha redimido de nuestros pecados, ha pagado por ellos, e independientemente de que se pida una reparación del mal provocado, ¿por qué no se nos concede lo que pedimos, cuando nuestros pecados ya hayan

sido perdonados previamente? Ni el pecado, por estar redimido, ni la obligación de reparar, que no tiene que ser inmediata, pues nadie lo exige así, pueden, bajo esta luz, justificar el silencio de Dios.

No obstante, es claro que necesitamos el perdón de Dios para cada nuevo pecado que cometemos y expiar personalmente por él. ¿Y qué es el pecado? D.M. Baillie compara el pecado con el sentimiento de fracaso moral, o de inferioridad moral. Nos encontramos enfermos por nuestros hechos indignos, y caemos en la desilusión y el cinismo. Ser perdonados consiste en sacar el complejo de pecado a la luz del día y luchar contra el malestar que produce. Los católicos dirían que hay que confesar los pecados, lo que viene a significar lo mismo.

El pecado queda definitivamente perdonado cuando Dios lo absorbe, y, absorbiéndolo, lo disuelve en los méritos de Cristo. Esto supera el complejo de fracaso moral humano, y purifica el alma, sin quedar más cosa pendiente que la expiación.

Mas ¿qué ocurre, si Dios sigue castigando y sin escuchar al hombre arrepentido? El Cristianismo contesta que este nuevo castigo ya no lo es, y que el verdadero castigo estaba en la separación de Dios cuando se estaba en pecado. Operada la reconciliación, los sufrimientos son acontecimientos secundarios. George McDonald define el cielo como “un arrepentimiento interminable”, a lo que añade Alec Forbes, “sí, pero gozoso”.

Heine dijo, en su lecho de muerte, “Dios me perdonará; ése es su oficio”. Nada es inexorable, sino Su amor. El carga con mi vergüenza, y sufre más que yo. Es El quien paga el precio de mis pecados. ¿Qué tiene entonces de extraño que me castigue, cuando El asume la parte más dolorosa de mis pecados?

En la tradición popular católica se dice que Dios no nos escucha, porque “sabe mejor que nosotros lo que nos conviene” y parece que lo que nos conviene, en muchas ocasiones, es ser castigados.

De esta manera, y de otras similares, justifica el Cristianismo la perplejizante y lejana ausencia de Dios, con lo cual da la vuelta de manera tan completa a la promesa que, en la práctica, se puede decir que cesa de existir de hecho.

El Islam hereda algo de ambas tradiciones, y lo complementa, si bien en el marco de una teología más sencilla, y de forma más directa y menos complicada. Muhammad decía que: “He revelado una religión simple, para un pueblo que sólo sabe contar con los dedos”, y así es, en efecto, la explicación que da el Islam sobre el silencio de Dios.

El jeque ceutí, Abūl Ḥasan Aš-Šādili, y Ibn ‘Ata’ Allāh de Alejandría, inician su justificación de la divina ausencia diciendo que el hombre debe abandonarse a sí mismo para iniciar el camino de perfección, y entregarse por completo a Dios (taslīm). Esta abandono de sí significa que, de la decisión humana (tadbīr basarī) ha de pasarse a la decisión divina (tadbīr ilāhī).

El hombre es una miniatura ante la Creación, y no tiene por qué determinar por sí mismo nada. El Corán dice (XL.57): “En verdad la Creación de los Cielos y de la Tierra es mayor que la creación del hombre”. En estas frases vemos una crítica a la actitud de que el hombre es el rey de la Creación, que es hasta cierto punto ecológica, y que también hemos visto recogida en las dos religiones consideradas anteriormente.

Este *homus islamicus*, que renuncia a su voluntad, debe pesar por una serie de estadios para llegar a la perfección, y que son distintos según las diversas escuelas, pero que, en realidad, vienen a significar la misma cosa, en el fondo. Šādili menciona la tauba o arrepentimiento, el zuhd, o renuncia, el šabr o perseverancia, el šukr o agradecimiento, el jawf o temor, la rida’ o satisfacción, la esperanza o raġa’, el tawakkul o confianza plena y la mahabba o amor.

En principio, no cabría en el Islam preguntarse por qué Dios no nos escucha, porque la primera condición de un buen musulmán es entregarse a los decretos divinos. El Corán, (cap.II, 130) dice: “Me someto al Señor de los mundos”, y (cap.III,19): “La religión, para Dios, es la sumisión, Islam”. Otros muchos textos del Libro Sagrado confirman esta actitud.

Hay dos tipos de decisiones, o tadbir, a saber, el tadbir censurable y el elogiado. El censurable es el que lleva al hombre a buscar su interés, no el de Dios, y el elogiado es el que consiste en la simple realización del deseo divino. En el Islam se ora siempre de forma condicionada, pues a los musulmanes nadie les dijo, como Cristo hizo con los cristianos, que les concedería todo lo que pidiesen al Padre en Su Nombre. Al contrario, al musulmán sólo se le concede lo que Dios libremente quiera concederle. La oración sigue siendo esencial en esta religión, como se dice en el Corán (cap.XXI, 73): “Cumplid la plegaria y pagad el azaque”, pero aquí la oración tiene un carácter alabatorio de la divinidad y sólo secundariamente, si Dios quiere, rogatorio de gracias concretas.

Dentro de esta limitación, la oración colectiva es de manera especial agradable a Dios, y tiene mejores efectos para el ser humano. “Dios ama a quienes combaten en Su sendero, en filas apretadas, como un edificio compacto” (Corán, cap.LX.4).

Desde el punto de vista de la oración, el alma puede situarse en tres estadios, como dice Ibn Ata’ Allah, el de amara, o peticionaria, el de lawwama, o reprochadora, cuando no se le concede lo que ha pedido, y el de mutma’inna, o sosegada, cuando se resigna a aceptar la voluntad de Dios. Así se llega al estado de satisfacción.

De forma parecida a como lo dice Cristo al hablar de las aves del cielo, existe en el Islam un Nombre de Dios, que es Samad, o sea, el que provee al hombre de alimentos y vestidos sin que éste tenga que preocuparse en exceso por ello. Dios es la plenitud total, que es otro significado de la voz Samad, y el que ya se halla pleno, tampoco necesita alimentarse.

El Islam niega los cilicios y el sufrimiento voluntariamente infligido, como el budismo, no creyendo que añadan nada a la plegaria, e insistiendo en que el hombre debe gozar moderadamente de la vida que Dios le ha concedido. “Comed de lo que vuestro Señor os proporciona, y agradecédselo”, dice el Corán en su cap. XXXIV, 15. Sin embargo, este gozo no debe ser exagerado. El Corán, (cap. XX, 131) aclara: “No prestes atención a los goces que les hemos consentido en ciertos casos. El encanto de esta vida es una forma de ponerles a prueba. El servicio de su Señor es preferible, y más duradero “.

El hombre, en definitiva, no posee nada ante Dios, sino que todo lo tiene de El como un depósito de garantía, y a El debe volver, sin voluntad propia y sin deseos individuales. Quien se entristece por la consecución de algo que no sea Dios, más bien debería sentir dicha tristeza por sí mismo, por su estado de ignorancia y de ruptura con la divinidad. “Hay quien sirve a Dios con condiciones. Si le llega un bien, se siente tranquilo. Si le llega una prueba, se vuelve contra él, y echa a perder esta vida y la otra” (Corán, cap. XXII, 11).

En conclusión, las tres religiones eluden, con mayor o menor habilidad, el hecho del silencio de Dios ante la súplica de los hombres, y trasladan la responsabilidad de dicho silencio de la divinidad al ser humano, creando en él un sentimiento de culpa, a través del cual se llega a creer responsable de no haber sido atendido por Dios, y no a la inversa. Dicho expediente, que fue útil en tiempos bíblicos e históricos, no lo resulta ya práctico hoy en día, y la mayoría de los creyentes no resultan convencidos, sino que, al contrario, se encuentran solos y abandonados en un mundo que, a través de la ausencia o silencio de Dios, carece ya de significado para ellos.

La única alternativa conocida es la de los ateos, que replican que Dios no nos puede escuchar porque no existe, o la de los agnósticos, que añaden que, de haber Dios, no sabemos qué Dios es, y ni siquiera si puede atender a nuestras oraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Santa Biblia, Sociedades Bíblicas de América Latina 1960; Guía de Perplejos, Maimónides, edición de David Gonzalo Maeso, Editorial Trotta 1994, Dios Estaba en Cristo, D.M. Baillie, Biblioteca de Cultura Evangélica, 1960; Al-Kur’ān Al-Karīm, Mu’asasat Dār Al-Ḥikma, Estambul 1980; El Corán, traducción de Julio Cortés, Herder, Barcelona, 1986; Sobre el Abandono de sí Mismo, Ibn At’a Allāh de Alejandría, traducción de Juan José González, Hiperión, 1994.

